AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 28.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.— Corpiño montante con entredoses.— Bolsa.— Red para caballo.—Dibujo para tapete de mesa.—Puño de luto.—Cuello con lazo de cinta.—Cabo de corbata de luto.—Saco de viage con correa.—Neceser.—La novicia de Jerusalen.—Grabado de modas.—César de Vermont.—A orillas del mar.—Cristóbal Colon.—El corredor de playa.—Revista de Madrid.—Remitido.

Corpiño montante adornado con entredoses de encage.

Los adornos de este corpiño se componen de entredoses de encage negro, cuya red se recorta por cada borde, de modo que solo se deje el dibujo del entredos. Este forma así unas especies de presillas, que terminan en una lijera borla de seda. Esta guarnicion conviene tambien á un corpiño de muselina blanca; en este caso, el entredos será bordado, ó bien de guipur blanco, llevando al rededor un encage muy estrecho poco fruncido, y se forra con una cinta del mismo color del cinturon, que será de cabos largos; entonces se suprimirán las borlas.

Dibujo para tapete de mesa, asiento de sillon, etc.

MATERIALES.—Reps de lana granate oscuro; trencilla de seda de tres diferentes puntos del color granate, el primero (el mas oscuro) mas claro que el del reps; cuentas negras taladas; torzal de seda chiné, verde, cereza, lila, etc.

El bordado se ejecuta sobre un tapete redondo ó cuadrado (los últimos son mas de moda); el dibujo reproduce las disposiciones del bordado en tamaño reducido, y sirve para que se juzgue del efecto general.

Entre los arabescos formados por las trencillas, se cosen cuentas negras, que pueden sustituirse con un punto de nudillo, hecho con torzal grueso de seda negra. Las florecillas se bordan al pasado, con seda cereza chiné; el corazon se forma con 4 cuentas ó con 4 nudillos; las hojas se hacen con un solo punto de seda verde chiné ó de muchos puntos del mismo color.

Bolsa para fumador.

MATERIALES.—Cachemira encarnada; un pedazo de terciopelo encarnado, de punto un poco mas oscuro que el de la cachemira; trencilla negra de seda; trencilla de plata; cuentas negras; cordones, borlas, etc.

CORPIÑO MONTANTE ADORNADO CON ENTREDOSES DE ENCAGE.

Para preparar este objeto, se ensartará un pedazo redondo de cachemira que tenga 24 centímetros de diámetro; en el medio de esta redondela se ejecutarán los adornos. Un dibujo de tamaño natural representa la tercera parte, no de la bolsa, sino de la labor de trencilla y del sobrepuesto de terciopelo que forma una especie de estrella hecha con el terciopelo. Las líneas oscuras se ejecutan con trencilla negra, las blancas con trencilla de plata; las rosetas colocadas en el interior de los enlazamientos de la trencilla de plata se forman con cuentas negras.

La bolsa se forra de badana blanca. El borde superior se ribetea con una cinta de tafetan negro que tenga un centímetro de ancho. Con cachemira forrada de badana blanca, y ribeteada con cinta negra, se forman las dos orejillas, cada una de las cuales tiene 4 centímetros y medio de alto por dos de ancho; se cortan en punta por uno de sus extremos, y en el medio por cada lado se escotan un poco. Estas orejillas, que sirven para abrir la bolsa, se cosen á punto atrás una en frente de otra. Debajo de la cinta que las ribetea se hacen dos ojetes que sirven para pasar por ellos los cordones. Además de estos ojetes, se hacen otros 24 á iguales distancias entre cada orejilla. Los dos cordones de seda negra que han de pasarse por los referidos ojetes tienen cada uno 66 centímetros de largo; su extremo debe hallarse sobre cada orejilla. En estos cordones se ponen 4 borlas de seda negra y encarnada de 5 centímetros de largo, que llevan encima unas bolitas forradas al crochet con hilillo de plata. Otra borla semejante, pero un poco mayor, está colocada en el medio del fondo de la bolsa.

Red para caballo.

MATERIALES.— Algodon blanco de hacer media de mediano grueso; el mismo algodon encarnado; un molde de 2 centímetros de circunferencia; una lanzadera.

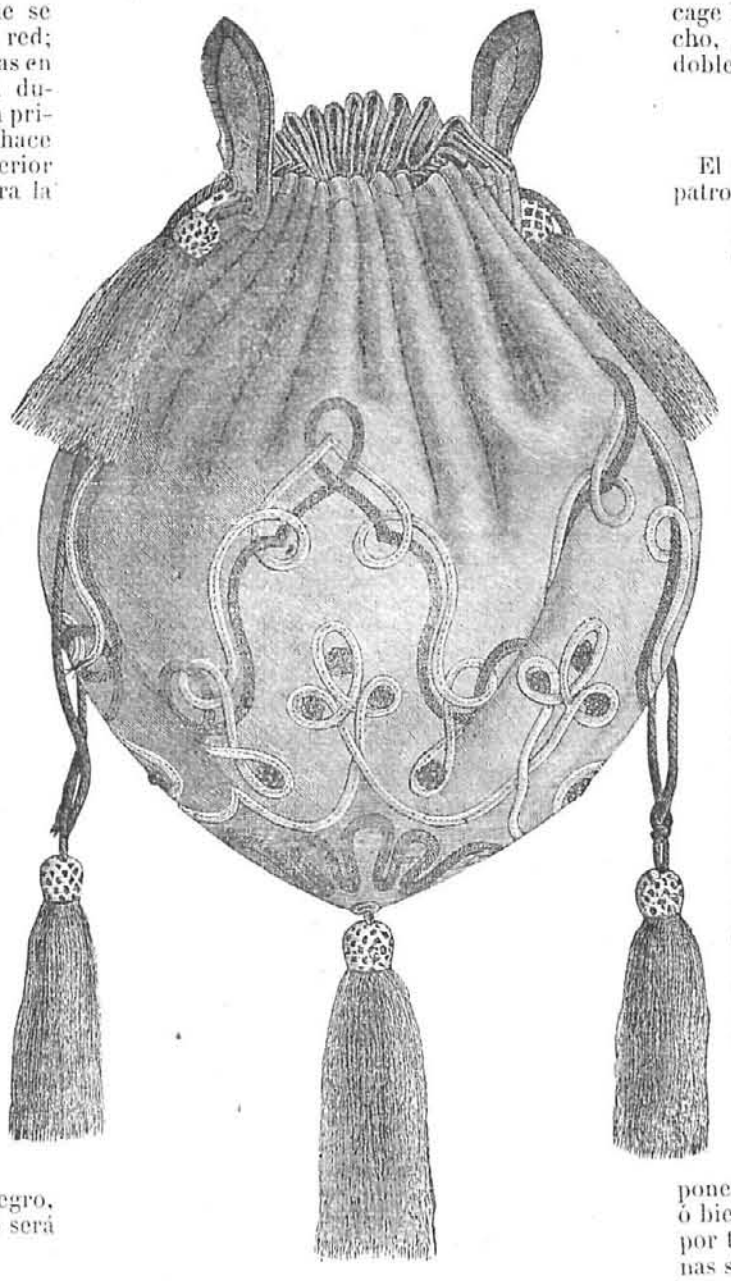
Esta *redecilla*, destinada á preservar á los caballos de la terquedad de las moscas en verano, se compone de dos partes reunidas por un tercer trozo, que forma una punta estrecha, colocada entre ámbas orejas. Para cada una de las dos primeras partes dichas, se arman 40 mallas, y se hacen 4 vueltas de *ida y vuelta*. Las vueltas siguientes se separan en el medio, á fin de preparar el sitio que haya de ser ocupado por el cornete destinado á preservar la oreja. Por cada lado de esta separacion se hacen 14 vueltas compuesta cada una de 20 mallas. Despues de es-

© Biblioteca Nacional de España

tas vueltas, se cierra la abertura, es decir, que se trabaja de nuevo sobre todo el ancho de la red; pero al fin de cada vuelta se reunen dos mallas en un solo nudo. Esta disminucion, conservada durante 38 vueltas, hace que termine en punta la primera parte, que acaba con esta vuelta 38.ª Se hace una segunda parte, en todo semejante á la anterior y luego se comienza la punta del medio, para la cual se arman 12 mallas, haciendo sobre estas 53 vueltas, *durante las cuales se mengua* sucesivamente, de modo que la última vuelta se componga de una sola malla.

Para cada *cornete* destinado á las orejas, se arman 39 mallas, sobre las cuales se hacen, *en redondo*, 25 vueltas, luego se principia á menguar. Despues de cada 13.ª malla se mengua una, por consiguiente, tres veces en la vuelta, y siempre en los mismos sitios, para formar líneas regulares. Cuando se han terminado todas las diferentes partes que componen esta redecilla, se las une por medio del crochet, con algodon encarnado, colocando cada cornete ó cucurucho en cada abertura de las dos partes principales, y la punta entre las dos partes dichas; se hace una especie de orla á punto de zurcido, y todo al rededor de ella se forman dos vueltas al crochet. La primera vuelta es con algodon blanco puesto doble; se compone de puntos sencillos: la segunda, que forma puntas, se hace con algodon blanco ó encarnado, segun se quiera, y del modo siguiente: * 1 punto sencillo en otro sencillo de la vuelta anterior,—2 bridas,—2 dobles bridas (para las cuales se echa dos veces la hebra sobre el crochet),—2 bridas.—Se vuelve á empezar desde *. Las dos bridas se hacen siempre en un solo punto de la vuelta anterior.

En todas las esquinas, así como en la punta de los cornetes de las orejas, se ponen borlas de algodon blanco, cuyas cabezas se cubren con algodon encarnado; estas borlas van pendientes de cordones de algodon; los dos lados de la punta de delante se guarnecen asimismo con borlas. No hay dificultad en que se sustituya el algodon blanco y encarnado con torzal grueso de seda blanca ó negro, y con seda encarnada. De un modo ó de otro será siempre muy elegante este tocado caballar.



BOLSA PARA TABACO.

Corbata y puño de luto.

Corbata.—Para la vuelta del cuello se tomará una tira al hilo de tafetan negro, que tenga 38 centímetros de largo por 4 de ancho, que se coserá sobre un forro fuerte de unos 2 centímetros de ancho, el cual quedará enteramente envuelto en la tira de tafetan.

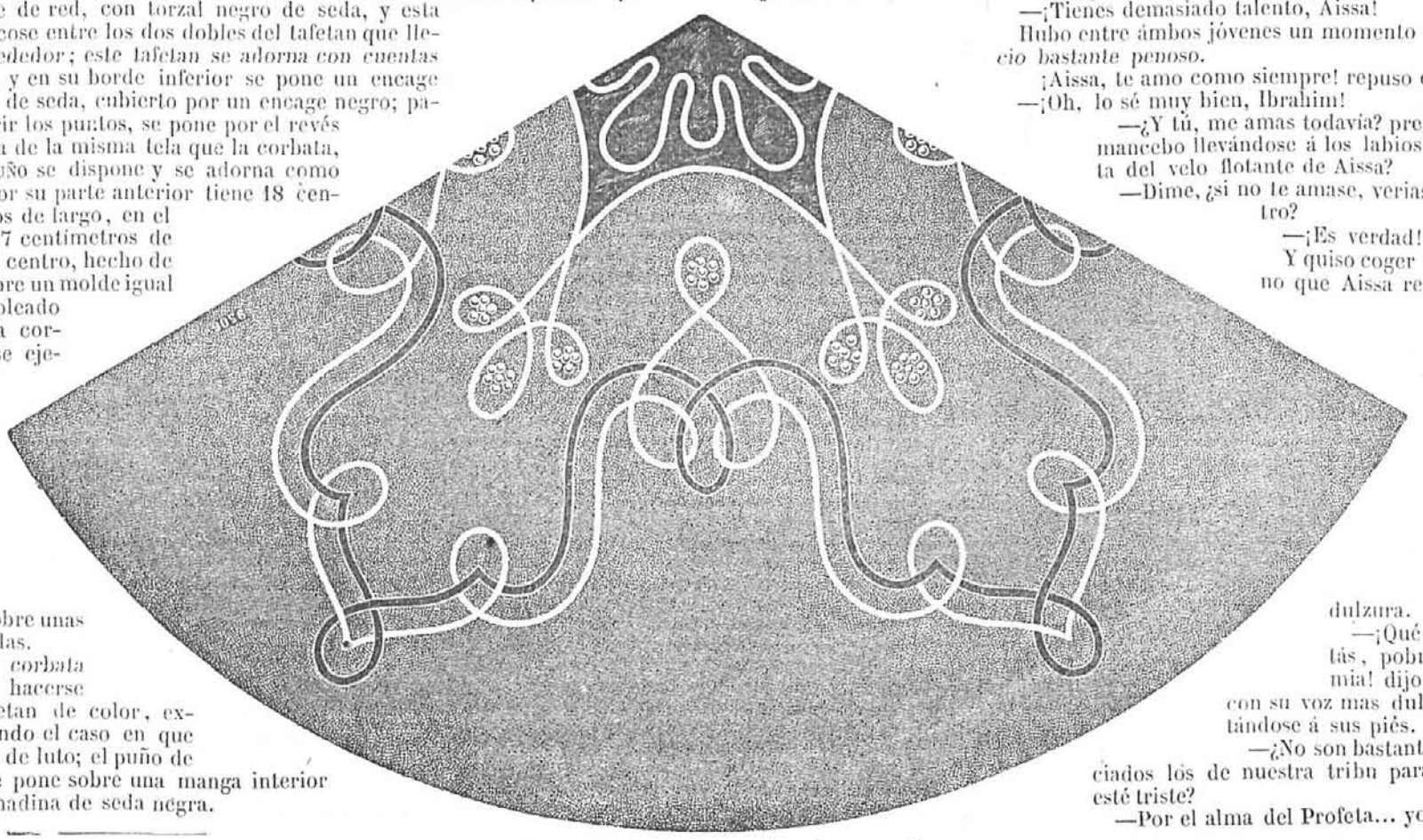
Un dibujo especial reproduce uno de los cabos de la corbata en tamaño natural; el centro de él se hace de red, con torzal negro de seda, y esta red se cose entre los dos dobles del tafetan que lleva al *rededor*; este tafetan *se adorna con cuentas* negras, y en su borde inferior se pone un encage blanco de seda, cubierto por un encage negro; para cubrir los puntos, se pone por el revés una tira de la misma tela que la corbata.

El puño se dispone y se adorna como esta; por su parte anterior tiene 18 centímetros de largo, en el medio 7 centímetros de alto; el centro, hecho de red sobre un molde igual al empleado para la corbata, se ejecuta sobre unas 18 mallas.

La *corbata* puede hacerse de tafetan de color, exceptuando el caso en que se esté de luto; el puño de luto se pone sobre una manga interior de granadina de seda negra.

Cuello de muselina.

Este cuello (forma llamada *marinero*) se compone de entredoses bordados y de entredoses de encage, rodeados por un bullon se compone de una tira de 2 centímetros de ancho, y de un largo doble del del cuello; una tira muy estrecha, cortada al sesgo, orla este bullon por cada lado; los entredoses van separados por tiras semejantes á esta; un encage ligeramente fruncido, de 1 centímetro de ancho, guarnece el cuello; delante se pone un lazo doble de cinta bastante ancha.



DIBUJO PARA LA BOLSA DE TABACO (TAMAÑO NATURAL).

Manga interior apropiada al cuello.

El puño se ejecuta con arreglo á alguno de los patrones que llevamos publicados. El dibujo indica la disposicion de los entredoses, del bullon, y de los lazos de cinta.

Saco de viaje.

Nuestro modelo tiene 30 centímetros de alto y 40 de largo. Por detrás se la adaptan correas para poderlo llevar colgado á la espalda. En este caso, vale mas hacer el saco enteramente de piel, limitándose á bordar en la cara de delante las iniciales.

Neceser para costura.

Este neceser, en forma de cartera, se suspende por lazos de cinta á un pié de ébano esculpido, que tenga 20 centímetros de alto y 13 de ancho. La cartera se corta de carton. La cara de detrás tiene 10 centímetros y medio de largo, por 11 de alto en el medio; la de delante tiene 7 centímetros de largo y 4 de alto. Se las reune en ámbos lados colocando entre una y otra cara triángulos de carton, que tengan 3 centímetros en su base, que es el borde de arriba. En la parte alta de la cartera se pone un pedazo de carton de *3 centímetros de ancho, que tapa la abertura* de aquella, y en el cual se practican los huecos necesarios para los diversos utensilios de costura, como dedal, tijeras, etc. Este pedazo de carton se cubre con terciopelo negro.

Tambien se forran de terciopelo, moaré ó tafetan las cuatro caras de la cartera. En la anterior, se borda al pasado un ramo cualquiera, ó mejor todavia, unas iniciales. Se pegan una con otra las cuatro partes que componen la cartera, se las orla con un galon de seda, ó bien con felpilla, atravesada de trecho en trecho por torzal de la misma seda. En las cuatro esquinas se cosen cintas estrechas, para asegurar el neceser sobre su pié.

LA NOVICIA DE JERUSALEN.

(Conclusion.)

—¡De algun tiempo á esta parte haces tan poco lo que yo te pido!

—¡Me pides tampoco lo que yo pueda hacer!

—¡Tienes demasiado talento, Aissa!

Hubo entre ámbos jóvenes un momento de silencio bastante penoso.

¡Aissa, te amo como siempre! repuso el jóven.

—¡Oh, lo sé muy bien, Ibrahim!

—¿Y tú, me amas todavía? preguntó el mancebo llevándose á los labios la punta del velo flotante de Aissa?

—Dime, ¿si no te amase, verias mi rostro?

—¡Es verdad!

Y quiso coger una mano que Aissa retiró con dulzura.

—¡Qué triste estás, pobre gacela mia! dijo Ibrahim con su voz mas dulce y sentándose á sus piés.

—¿No son bastante desgraciados los de nuestra tribu para que yo esté triste?

—Por el alma del Profeta... yo, al ver-

© Biblioteca Nacional de España

te, olvido la desgracia!

—No estamos solos en el mundo.

—¡Si tú quisieras... tú y el desierto!...

—¿Es *posible*?

—Caminando durante mucho tiempo concluiriamos por estar solos...

—Por muy lejos que fuésemos siempre llegaria á tu oido el rumor de las batallas y te apartarias de mí diciendo por lo bajo: «En el dia del peligro huí, huí por ella!... ¡Maldita sea la raza velada! ¡No soy hombre!»

—¡Aissa, cállate, que vas á mentir! ¡Escucha! Hace ya *bastante tiempo* que vivo para los demás.... quiero vivir, por fin, para mí... ¿Qué me importan sus contiendas? ¿Los llamo yo, por ventura, para custodiar mi viña ó para defender mis mieses de Durah? Quiero ser libre, por fin, libre como Ismael, el padre de mi raza!

Ibrahim calló un instante, y luego repuso con lentitud:

—No intentes engañarme: lo sé todo! — Quieren venderte al viejo cheikh Yacub; vas á ser el precio de *algun trato vergonzoso*. *Pues bien*, no! por El-Borach, la yegua de blancos piés que llevó al Profeta al Paraiso, que no ha de ser asi!

Ibrahim se exaltaba á sí mismo al rumor de sus propias palabras y se embriagaba con su cólera. Al pronunciar la última frase se apoderó de las manos de Aissa y las estrechó con fuerza contra su pecho.

En vano procuraba Aissa calmarle con sus lágrimas y sus ruegos.

—Sí, repuso el jóven, Yacub, ese hijo de Eblis... (el diablo árabe) ese genio maléfico de mi raza! *él fué*, lo sé por demás, quien dió muerte á mi padre, y á mí quiere arrebatarme mas que la vida quitándome á la mujer á quien amo! Pues bien, que venga á buscarla aquí!

Y con la rapidez del rayo rodeó á Aissa con ámbos brazos.

Aissa se desprendió suavemente.

—Yo tambien, continuó diciendo Ibrahim mirándola altivamente con sus ojos negros chispeantes, yo tambien tengo cóleras terribles... No espongas á los tuyos á mi venganza... No soy mas que un hombre débil, como todos los hijos de la mujer... *ten compasion de mí! Si te casas con Yacub*, seré terrible!

Luego, calmándose de improviso y doblando la rodilla ante la jóven, le dijo con voz mas tierna:

—Déjate ablandar, Aissa, querida Aissa: ¿ves allá lejos aquellas cumbres azules?..Son los Montes Moabs... Aquel boquete que hay entre las blancas rocas es la puerta de lo infinito... Detrás está el desierto, nuestro esclusivo imperio, la *arena sin límites*, la barrera que ningun enemigo llega á trasponer... Un sepulcro, para todos... para mí un dulce retiro... Sé dónde ha ocultado Dios el *oasis* siempre verde y el arroyo que nunca se seca. Muy pronto llegaremos allá. No eres sino una carga leve para la grupa de Selim!

Selim, al oir su nombre, relinchó y sacudió su larga crin plateada que caia hasta el suelo.

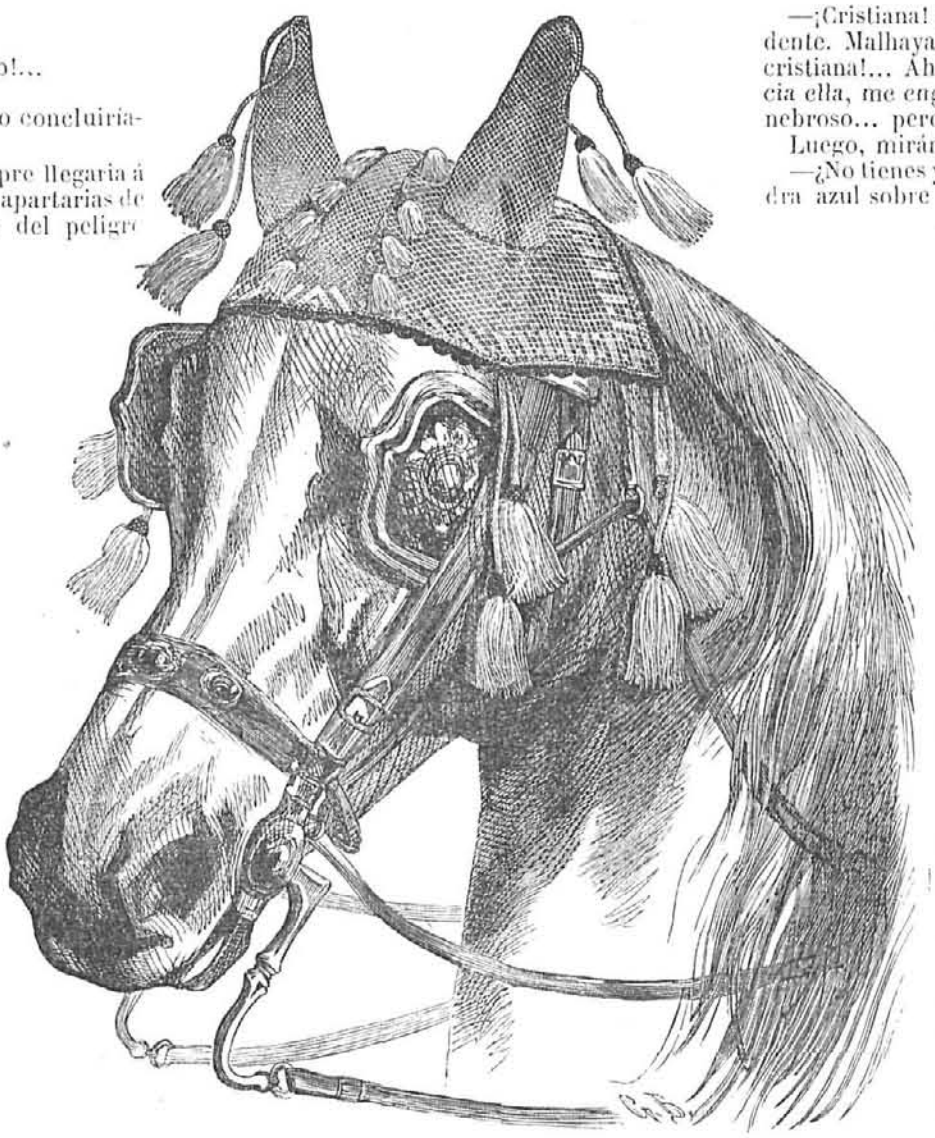
Ibrahim apoyó su *diestra* fuerte y nervuda en el brazo de Aissa, que temblaba, y mostrándole el desierto con la otra mano, le dijo en voz muy baja:

—Ven! ven!

Aissa cerró los ojos: no queria ver aquel sueño de ventura; no queria oir aquella voz de la tentacion que tomaba el acento de la palabra amada.... Sintió que vacilaba.... pero recordando muy luego á qué *precio tendria que pagar* aquella felicidad y cuánta sangre y cuántas lágrimas iban á correr por ella, rechazó débilmente á Ibrahim para agarrarse al sepulcro de Raquel, comprimiendo con esa energía suprema que la mujer encuentra en todas las crisis de su vida los sollozos que la ahogaban, y exclamó:

—¡Detente, Ibrahim! ¡soy cristiana!

Era aquello un rayo que caia á los piés del mancebo, *un rayo que estallaba en medio del cielo* azul y sereno de un dia de verano.



RED PARA CABALLO.

—¡Cristiana! ¡cristiana! murmuró con voz estridente. Malhaya la hora en que nací!... ¡Aissa, Aissa cristiana!... Ah! ¡me engañas! añadió volviendo hácia *ella, me engañas... Aquí hay algun misterio tenebroso*... pero tú no eres cristiana!

Luego, mirándola atentamente, dijo:

—¿No tienes ya mi collar de Hebron?... ¿ni la piedra azul sobre la cual escribí el SCHATE que hace amar?... Ah! desventura de mi vida! el encanto está roto... todo ha concluido... adios!

Y sin añadir una palabra, sin mirar por vez *postrera á la pobre criatura*, que estaba fria y pálida como el mármol, el árabe mancebo se precipitó sobre su caballo, volvió riendas hácia el Este, y encaminándose *al mar Muerto y á las llanuras* abrasadoras de Jericó, desapareció entre los montecillos de arena, semejantes á olas encrespadas pero inmóviles, que parece que ondulan en la vasta extension.

Aissa contemplaba con la vaga mirada del sueño aquella fuga que llevaba su felicidad. De pronto sintió que le tiraban *con precaucion* del borde inferior del vestido: miró á sus piés. Era el perro de Ibrahim, uno de esos grandes *sloughis* (especie de lebreles) que aventajan en rapidez á las gacelas y con los cuales se envanecen tanto los árabes como con sus caballos. El perro se habia echado delante de Aissa con ese movimiento flexible, gracioso y cariñoso que hace que las mujeres quieran tanto al lebrel. Habia apoyado su cabeza fina y lustrosa sobre las rodillas de la jóven, *fijando en su rostro unos* ojos grandes, inquietos, húmedos y dulces que pedian una caricia. Como la voz de Ibrahim, aquella mirada amiga decia: «¡ven!»

Aissa acarició con la mano al noble animal y apartó de él sus ojos. El perro se alejó algunos pasos, volvió la cabeza hácia el desierto, lanzó un aullido prolongado y lastimero, volvió de nuevo hácia la jóven, y viéndola inmóvil se lanzó en seguimiento de su amo.

—¡Todo cuanto me amaba se aleja! murmuró la pobre niña.

Y apoyando su cabeza sobre la fria piedra del *sepulcro, lloró amargamente*.

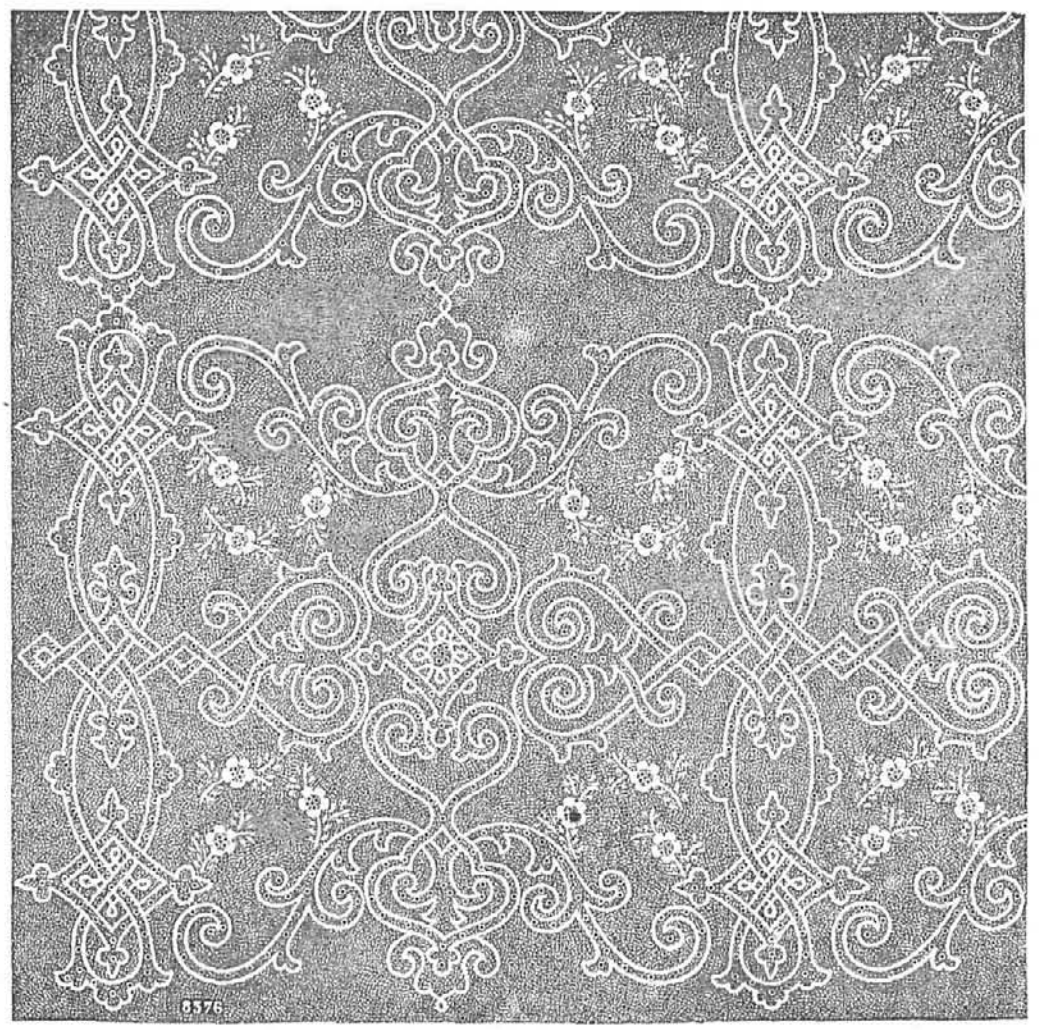
El frio de la noche, agudo como el filo de un sable, la reanimó.

Se levantó extremecida, miró al cielo y á esas nubecillas diáfanas, levemente teñidas de luz, parecidas á ramilletes de rosas y de lilas sembrados en innumerable cantidad bajo la azulada bóveda; en distintos puntos del horizonte flotaban vapores de un color gris plateado, y la luna se elevaba hácia el zénit, preciosa en su nacarada *palidez y en su reflejo de perla* fina.

Aissa, naturaleza valiente y generosa, recobró alguna calma ante aquella serenidad augusta, y volvió sus ojos hácia el fúnebre monumento murmurando en voz muy baja:

—¡Oh madre de los profetas! ¡Dulce memoria de Raquel, mujer amada, te cogieron en flor, pero al menos sobre el pecho que habias escogido y cuando ya dos hijos podian hacer que *tu nombre viviese eternamente*!

Luego se alejó con paso rápido, se detuvo breves instantes en el sitio que hoy llaman el *Pozo de los Magos*, contempló en lontananza las blancas tapias de Beit-Lehem, y en seguida caminó hácia el Norte.



DIBUJO PARA TAPETE DE MESA (TAMAÑO REDUCIDO).

IV.

Trascurrieron algunas semanas.

Despues de una expedicion rápida á la Arabia, volví á pa-

© Biblioteca Nacional de España

sar por Jerusalen para regresar á Europa.

Quise despedirme de sor Emilia: en el convento me conocian: la anciana negra abisinia, que desempeñaba las funciones de tornera, me dirigió un saludo gutural y me dejó pasar. Me interné por los familiares laberintos del piso principal y muy pronto llegué á la clase en que solia estar la señora superiora.

La primera cosa que llamó mi atencion en cuanto entré fué una novicia jóven que estaba sentada en el hueco de una ventana y vigilaba las labores de costura. Su velo no era tan blanco como su semblante. Descubrí una semejanza vaga con una cara conocida, pero sin poder coordinar bien mis recuerdos.

—¡Sí, es *ella!* me dijo sor Emilia al paso que correspondia á mi saludo.

—Aissa? exclamé á mi vez.

—No! ya no es Aissa... sino sor Noemi.

—Ese nombre quiere decir hermosa! Pero ¡qué cambiada está! dije en voz baja á la superiora.

—Sí, un poco, pero ahora está mejor. Sor Noemi, añadió volviéndose hácia la novicia, ya ha trabajado bastante; hija mia, váyase al terrado con las niñas; hay algo de sombra y un poco de aire, le hará provecho: ¡váyase!

Noemi se levantó y entregó su labor á la superiora: observé que su mano, larga y delicada, habia enflaquecido de una manera singular; estaba muy pálida, con un sonrosado demasiado vivo en los pómulos. Pasó por delante de nosotros llevando su velo cual una reina pudiera llevar su manto. Sus labios estaban descoloridos, pero su mirada tenia una limpidez que indicaba una paz profunda.

—Ya vé V. que ha vuelto, me dijo la superiora.

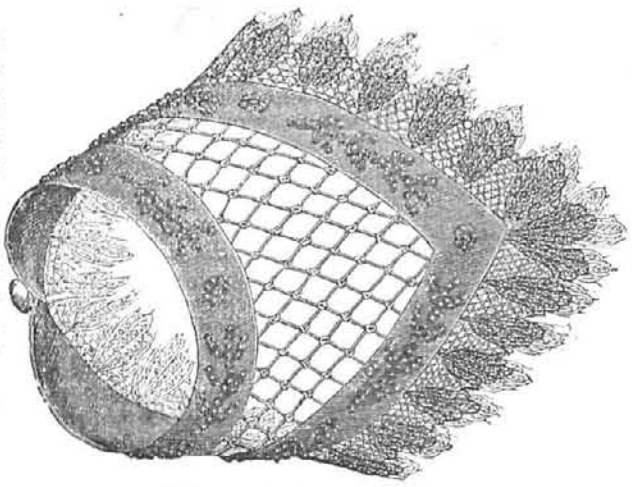
—¡Ay de mí!...

—Hé ahí una exclamacion muy mundana, caballero, y que me prueba que no conoce V. la paz de Dios.

—No hablemos de mí, hermana, sino de Noemi.

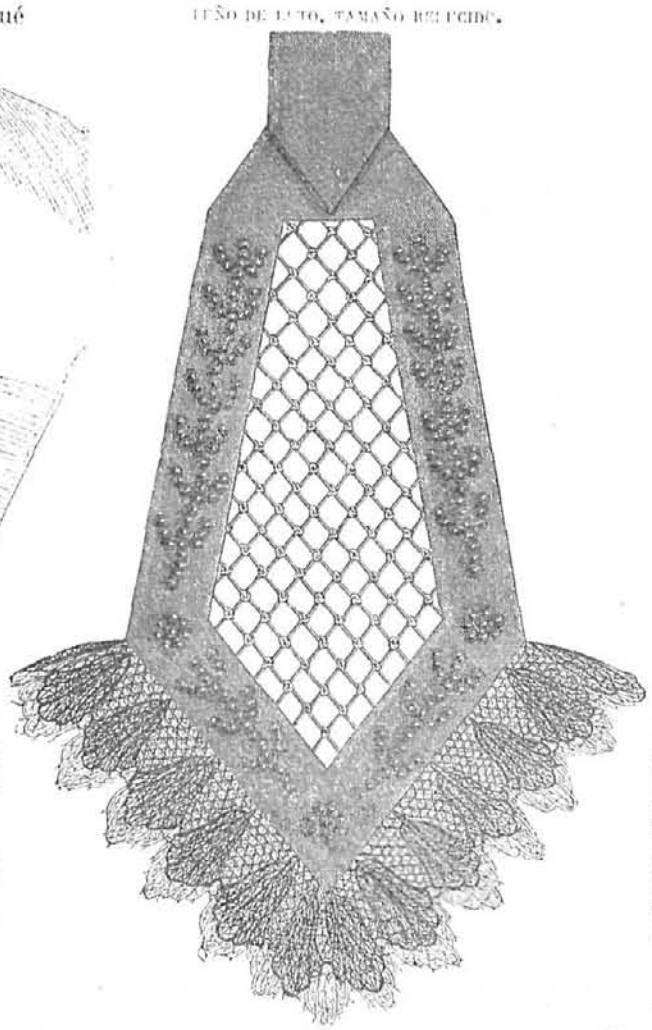
—Su regreso fué conmovedor, repuso la superiora. Una mañana, á eso de las siete, me llamaron al locutorio. Ví á una pobre muchacha estenuada de cansancio y cubierta de polvo del camino. ¡Era Aissa!

—«Madre mia, me dijo, aquí me vuelvo, y esta vez para no separarnos



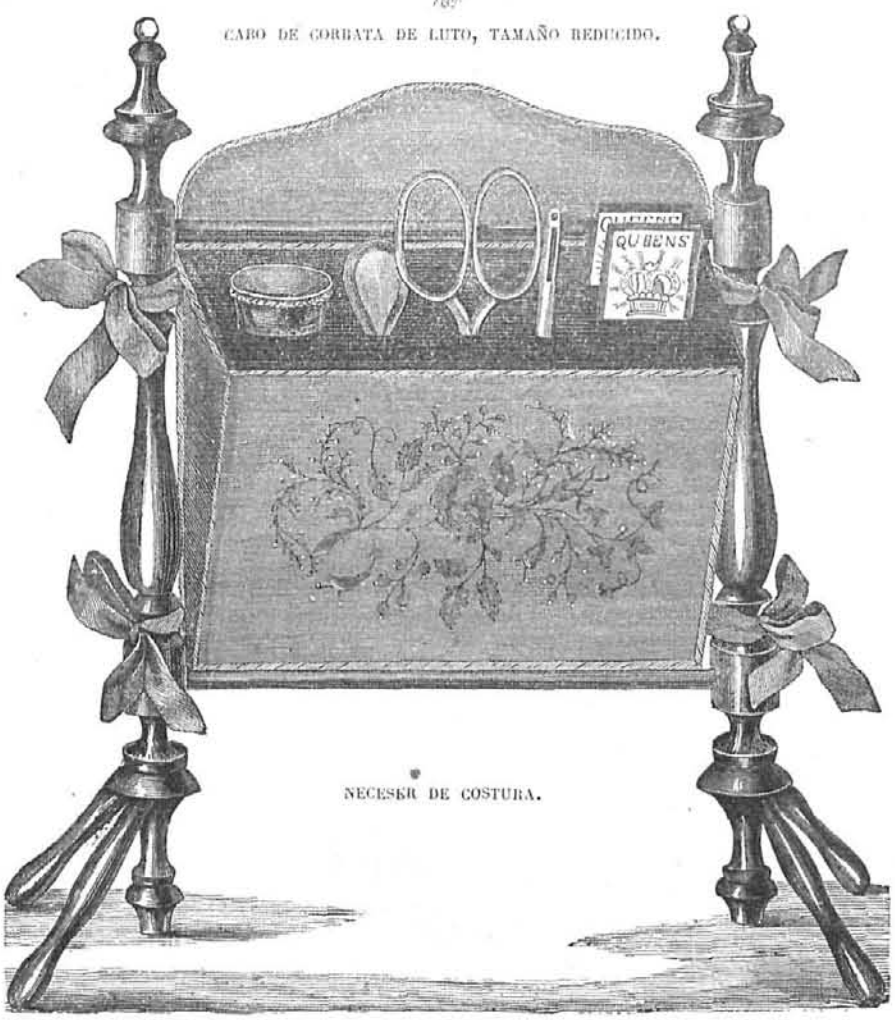
TOCADO DE LUTO, TAMAÑO REDUCIDO.

CUELLO CON LAZO DE CINTA.

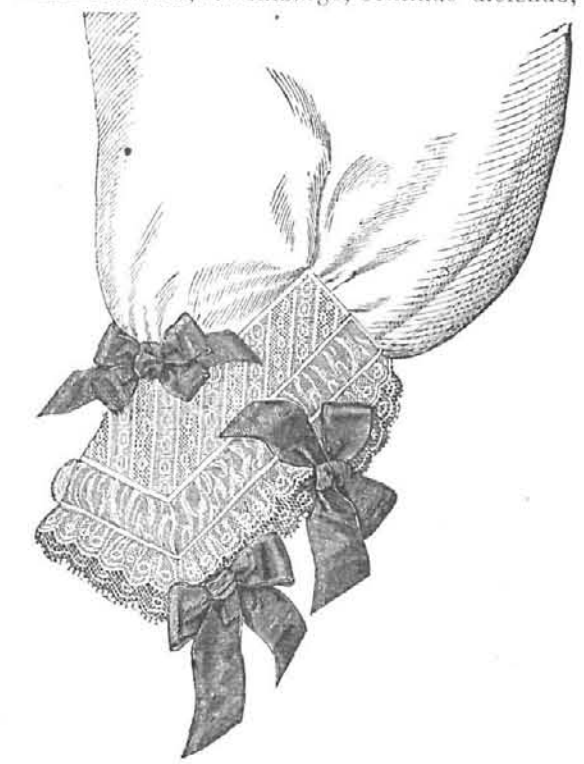


CABO DE CORBATA DE LUTO, TAMAÑO REDUCIDO.

SACO DE VIAJE CON CORREA.



NECESER DE COSTURA.



MANGA INTERIOR QUE ACOMPAÑA AL CUELLO.

SACO DE VIAJE, VISTO POR DETRAS.

—«Lo veremos, hija mia. Entre tanto necesita descansar; su cuartito sigue como antes.

—»No, madre mia, he reflexionado bien... Mírame V...

—»Y la pobre niña me enseñó sus dos largas trenzas negras cortadas.»

No pude menos de extremecerme.

—¡Oh! ¡Qué verdadero hijo del siglo es V.! me dijo sor Emilia con un gesto lleno de dulce autoridad. Nosotras, sin embargo, continuó diciendo, algunos dias despues de aquella escena cubriamos esa hermosa cabeza pelona con el velo de las postulantes. Hoy la jóven novicia Noemi de los Angeles es la gracia y la edificacion del convento.

—¿Y V., hermana, dije á mi vez mirando á la religiosa, qué piensa de esa vocacion?

—Caballero, respondió bajando los ojos, Dios es tan bueno que nos recompensa aun en nuestros deseos, y tarde ó temprano concluye siempre por llamar á sí á aquellos de quienes era digno el mundo.

CÉSAR DE VERMONT.

NOVELA ESPAÑOLA.

I.

VALENCIA.

—¡Mil bombas! mira, César, mira allá, á la izquierda, por cima de la tapia, allí donde están aquellos tres cipreses. Ves? retroceden, se tiran los granaderos delante de un puñado de paisanos y de campesinos. Es cosa de volverse locos: permanecer aquí sin hacer nada, no poder mas que mirar!

—Oh! Bien presentia yo hace tiempo que las cosas tomarian mala vuelta», respondió César de Vermont, jóven oficial de húsares. «Tenemos que habérnoslas con un pueblo altivo, intratable, y en este país saben servirse de las armas. No son campesinos como los de otras partes, que no conocen mas que la azada y el arado; son migue-

© Biblioteca Nacional de España

letes, ó por lo menos hermanos de los migueletes, que saben manejar el fusil como los soldados. En mi opinion, el mariscal ha hecho mal en avanzar tan atrevidamente y tan pronto. Las murallas son sólidas, aquellas antiguas puertas, con sus torres almenadas, resisten á las balas de cañon, y detrás de ellas se encuentran hombres de accion. El terreno es ciertamente á propósito para la defensa; jardines, setos, tapiales, zanjas, todo parece hecho para detener y destruir un ejército. Pero silencio! á mi no me toca criticar al mariscal.

—Miralos como corren, exclamó el otro jóven, oficial tambien de húsares, los granaderos se reunen á retaguardia, los cazadores se esparcen por los jardines. Allí veo al mariscal; en sus movimientos se adivina que está furioso; ordena un nuevo asalto.

—Verdaderamente no sé yo porqué permanecemos como clavados aquí, dijo César de Vermont con malísimo humor. Si una partida de paisanos, saliendo de estas breñas, apareciese de repente para saludarnos con sus tiros, nos veriamos precisados á retirarnos como chicos de escuela.

Para justificar sus previsiones, algunas balas, que venian del lado de la ciudad, llegaron hasta el sitio que ellos ocupaban; pero eran balas frias que rebotaban sobre las paredes y vallados de los jardines y sobre los troncos de los árboles sin hacer daño alguno. César de Vermont, que mandaba un peloton de húsares de unos cincuenta hombres cuando mas, hizo retirar á un lado su tropa, y permaneció con su camarada Alfredo de Beaufort, para seguir, en cuanto les fuese posible, el movimiento de los franceses que rehacian sus filas.

Era el 28 de Junio de 1808; el sol ardiente del mediodía reverberaba sobre los muros y los tejados de Valencia, y sobre la fértil y magnífica campiña llamada la Huerta, que está inmediata á la ciudad, y al través de la cual el mariscal Moncey conducia sus tropas al asalto.

De repente todo quedó en profundo silencio, tanto mas notable cuanto que, poco antes, retumbaban en los aires el estrépito de las armas de fuego, el sonido de las trompetas que tocaban á reunir, y los gritos de los combatientes. Solo se oian aun algunos tiros aislados que se cambiaban entre algunos cazadores desperdigados aquí y allí, y algunos españoles que habian avanzado hasta los jardines.

César de Vermont y su amigo miraban atentamente hácia el lado de la puerta de Cuarte. Ellos ignoraban completamente el porqué se les habia enviado asi con tan poca tropa, enmedio de tápias y breñales, y á un terreno en que no tenian la menor defensa si eran atacados; quizá el jefe á cuyas órdenes estaban habria creido que la vista de algunos húsares bastaria para impedir por este lado una acometida de los habitantes de Valencia ó de la gente de la Huerta. Pero durante el combate deberia haberse rectificado semejante error, y por tanto, los de oficiales esperaban á cada momento recibir la órden de retirarse, dado caso de que se pensase en ellos enmedio del tumulto que comenzaba á producirse en la puerta de Cuarte.

Algunos momentos trascurrieron en el mayor silencio. Los dos oficiales no hablaban palabra, y conteniendo con trabajo la viveza é impaciencia de sus caballos, seguian los movimientos de las tropas francesas y de los habitantes de Valencia, subidos sobre los tejados de sus casas, hasta donde habian izado artillería.

—Cada instante de lucha nos cuesta una docena de hombres! dijo al fin Beaufort tristemente. Mira cual trabajan allá arriba, á la manera de hormigas á quienes han trastornado sus nidos. Si no se avanza mas pronto, será preciso un sitio en toda regla para tomar aquella puerta, y acaso...

—Vamos, hé alli al mariscal que ataca, interrumpió César. En efecto, en el mismo instante se oyó la señal que prescribia á los tiradores que avanzasen. El silencio continuó todavía un momento mas, despues se escucharon á lo lejos descargas, como si los franceses atacasen tambien por otro punto é inmediatamente el tumulto del combate volvió á comenzar en la puerta de Cuarte. El estampido del cañon alternaba con el ruido de la fusilería, el grito de guerra de los franceses se mezclaba con las voces de los españoles; el redoble de los tambores, el eco de los clarines, cubrian los jemidos de los moribundos y el humo de la pólvora, envolvia con nubes espesas á ambas partes combatientes. Los dos oficiales ya no veian nada, solo podian oir. Con aire triste y pensativo refrenaban sus caballos, cada vez mas impacientes, prestaban oido al estrépito del combate, y se comunicaban sus impresiones con algunas palabras.

—Oh! murmuró Alfredo de Beaumont rechinando los dientes, verse condenado á permanecer inmóviles, tener el sable en la vaina, las pistolas en las cañoneas, cuando el combate ruge allí es una vergüenza!

—Y qué hacer? exclamó César de Vermont, cuyo rostro se inflamaba de rábia y de impaciencia. Podemos asaltar murallas con nuestros caballos? Veamos, mandemos echar pié á tierra á nuestros soldados, y hagamos una tentativa para sorprender algun puesto inmediato de las cercanías que se encuentre mal defendido.

—Imposible! dijo Alfredo suspirando. Pero silencio! atencion; é indicó con el jesto un bosquecillo colocado detrás de un paredon alto y sólido. Bájate pronto, exclamó arrastrando á su amigo, mientras él se tendia sobre el cuello de su caballo. Ya era tiempo. Dos tiros partieron del bosquecillo, y las balas pasaron silbando por encima de sus cabezas.

—Nos han visto! gritó César, galopando hácia los húsares. Es una locura, una demencia el quedarnos aquí mas tiempo; retirémonos, porque estos árboles llevarán pronto frutos vivientes.

No acabó la frase; una bala atravesó su chacó y le

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de pelo de cabra lila.—El borde inferior de la enagua está recortado en puntas redondas, orladas por un rizado encañonado de tafetan. En el lado derecho, el paño va recortado del mismo modo, y sube hasta la mitad de la enagua, sujeto en las curvas de los festones por muletillas; chaleco de piqué blanco, forma de chal; corpiño-frac, con solapas, y mangas estrechas.

Trage de tafetan negro.—El borde de la enagua está recortado y guarnecido por un galon de seda negro; á alguna distancia se halla un segundo galon dispuesto en festones, orlados por un guipur negro, y sujetos con botones de pasamanería negra; corpiño-frac, lo mismo que el otro figurin, estando este guarnecido de guipur negro.

© Biblioteca Nacional de España

hizo caer sobre su frente. El bravo oficial volvió á colocárselo, y miró al rededor sin desconcertarse. Su prevision era demasiado justa; los jardines y los huertos se animaban, los árboles llevaban frutos vivientes. A través del follaje, enmedio de las flores y de las ramas de los granados y de los albérchigos, por cima de las enredaderas que cubrian las paredes, se dejaban ver por todas partes los zaragüelles, los tocados abigarrados y las chaquetas de pana negra de los Valencianos. «Mueran los franceses! Mueran los gabachos! Viva Fernando! Venguemos á Madrid!» se oia gritar por todas partes entre las explosiones de las escopetas y el silbido de las balas.

—Pronto en retirada, gritaron á un tiempo los oficiales á sus húsares; porque era imposible pensar en hacer resistencia. Las balas llovian; caballos y jinetes caian revueltos. César y Alfredo volvieron á encontrarse juntos.

—Nos cazan como á liebres en la batida, exclamó el primero, por lo demás, hoy ó mañana, poco importa el cuando. Adios, Alfredo, adios, mi querido camarada; porque es probable que no nos volvamos á ver en este mundo.

—Adios pues, César; adios, mi valiente amigo! respondió Alfredo. «Hemos vivido y combatido juntos y juntos tambien moriremos».

Entonces se estrecharon la mano mientras continuaban su carrera, enviándose una última mirada; despues siguieron galopando por entre las tapias y matorrales. La rapidez de su carrera podia tan solo salvarlos. Los húsares excitaban sus caballos con la espuela. Los españoles los perseguian de huerto en huerto, de vallado en vallado, de árbol en árbol. Muchas veces, acortando los rodeos, tomaban la delantera á los húsares, cuyo peloton disminuia á cada instante.

—A la izquierda, á la izquierda! mandó César en alta voz. El campo parecia en efecto libre por aquella parte, y se lanzó por un ancho camino que se presentaba á su frente. Pero en el mismo instante aparecieron sobre las tapias y vallados grupos numerosos de españoles. Su caballo atravesado por una bala, se encabritó y cayó sobre él, mientras que Alfredo y sus húsares, recibidos con una descarga, se veian forzados á tomar por la derecha.

César permaneció un momento aturdido, despues volvió en sí y escuchó, pero sin abrir los ojos, manteniéndose quedo debajo de su caballo, porque la fusilería se dejaba oir todavía en torno suyo.

—Adelante! adelante! gritaba un español, excitando á sus compañeros. «Que no escape uno siquiera! Mueran hasta el último gabacho!»

Gabacho era el mote con que los españoles denominaban á los franceses.

En fin, César, se aventuró á abrir los ojos y á mirar en derredor. Todavía quedaban sobre las tapias, inmediatas algunos españoles, pero el mayor número perseguia á los húsares; por el pronto nadie se cuidó de César, que continuaba tendido sin moverse y haciéndose el muerto. Si alguna probabilidad pudiera tener de salvacion seria el que los españoles se alejasen sin reparar en él, dándole lugar á que se uniese al grueso del ejército. En caso de victoria por parte de los franceses, la cosa era fácil, porque los españoles tendrian que abandonar los jardines y huertas. Pero si el mariscal llegaba á retirarse, podia preveerse que millares de españoles le perseguirian á través de la Huerta para molestar y diezmar á sus tropas. En este caso, solo un milagro podia salvar al jóven oficial de las balas de enemigos sedientos de venganza.

Por un momento la suerte pareció serle favorable. Los españoles perseguian á los húsares entre imprecaciones, y pronto César no vió ya enemigos, pero oia siempre los tiros que se dirijian contra sus compañeros, y los gritos de triunfo que celebraban la muerte de cada húsar. Manaba sangre el corazon del pobre oficial considerando que tan hermosa tropa era víctima de una imprevision ó de un olvido, y sus manos se crispaban de furor. ¿Pero de qué le servia su cólera? Morir es la suerte del soldado, ya caiga vencedor ó vencido; peleando en campo raso ó herido en una emboscada por una bala pérfida.

Levantóse entonces con circunspeccion y no sin trabajo, á causa de tener un pié cojido debajo de su caballo, que estaba muerto. Dichoso sí, como aquel hermoso animal, le hubiera á él herido una bala española! Al menos no habria tenido que temer una agonía quizá mas larga y terrible. César sacó sus pistolas de las cañoneras y las ocultó debajo de su uniforme; suspendió mas alto su sable para que no le molestase, y se puso en pié. César era hombre de corazon, de un gran carácter, y bien educado, lo cual le habia hecho reflexionar sobre muchas cosas. Tenia quizá ideas propias suyas acerca de la guerra y del modo de hacerla, pero acerca de la suerte comun del hombre de guerra, pensaba como el último de sus húsares. Vencer ó no vencer, morir y ser llorado de los suyos ó volver triunfante á su patria; respecto á todo esto dejaba la decision al destino de las batallas y á una voluntad mas poderosa que la suya.

Cuando se convenció de que ningun enemigo le veia, se aproximó á una tapia inmediata, la cual tenia apenas la altura de un hombre. Su objeto era saltarla, ocultarse por algun tiempo en un huerto ó jardin, y tratar, bien de escaparse inmediatamente, bien de esperar el resultado del combate. Hízolo tan pronto como lo pensó. Subió rápidamente sobre la tapia, y hallóse muy admirado al ver que el jardin estaba mucho mas bajo que el camino.

Habiendo oido de repente voces en las cercanías, no reflexionó ya mas, y saltó adentro, como la altura era considerable, vino rodando á tierra al caer. Levantóse al punto, y se ocultó detrás de una espesura de mirtos y rosales. Entonces aplicó el oido, y oyó que algunos españoles, llegando rápidamente por el otro lado de la tapia, se detuvieron delante del caballo muerto.

—¿En dónde estará el ginete? dijo uno de ellos; «las cañoneras están vacías, y eso prueba que se habrá llevado las pistolas. No puede estar lejos, y le encontraremos muerto ó vivo. ¡Hola! una hermosa silla! Es de seguro algun oficial. Ah! los gabachos se acordarán por mucho tiempo de la jornada de hoy! Vamos, continuemos nuestras investigaciones!»

Los pasos y las voces se alejaron. Como buen militar, César resolvió ante todo hacer un reconocimiento en el jardin. Este se mostraba en todo el esplendor de un estío del mediodía; apenas se veia una rama seca ó un pié de tierra sin ocupar al través del follaje, enmedio de flores y de frutos de todos colores. Era en efecto á la vez un jardin y un huerto. Ramas cargadas de melocotones, de peras, de naranjas en plena madurez se inclinaban hasta la tierra, abrumadas bajo el peso de sus frutos.

César, aunque acostumbrado al esplendor de la vejetacion del mediodía, debió acordarse de que estaba cerca del jardin de las Hespérides. A medida que adelantaba en su exploracion, el jóven oficial se veia obligado á reconocer, con una contrariedad cada vez mayor, que no le seria fácil dejar aquel jardin. Avanzando mas, descubrió un gran edificio que ocupaba todo un costado de aquel. No era un pabellon, sino una casa sólida, cuyas paredes eran muy altas, y por cuyas ventanas bien cerradas era imposible penetrar. Una de las puertas que daban al jardin parecia ofrecer cierta resistencia. Además, la casa aparecia por entonces sin persona humana que la habitase. En efecto, era de creer que, tanto allí como en las demás partes, los habitantes habrian debido abandonar los jardines y los arrabales para refujiarse en el interior de la ciudad.

El jóven oficial examinó largo tiempo la casa con la mayor atencion, y sacó por consecuencia que no seria por allí por donde podria salir. No teniendo medios para abrir la puerta ni para entrar por las ventanas, ni pudiendo tampoco volver á subir por la tapia, que era muy alta por la parte del jardin, se encontraba allí realmente preso. Cuando hubo adquirido esta certidumbre y dado suelta á su mal humor, se resignó á su suerte. Entonces buscó en las inmediaciones de la casa un emparrado bien cubierto, y allí se instaló. Las naranjas mas hermosas pendian de las ramas en derredor suyo, las fresas embalsamaban el aire con sus perfumes, los melones comenzaban á mostrarse enmedio de la verdura. ¿Cómo no pensar en refrescar su agitada sangre? La cercanía del peligro no le habia quitado el apetito. Se puso pues á coger naranjas y fresas, y las comió con tanta calma como si estuviera sentado en un café de París; nunca aquellas frutas le habian parecido tan buenas.

No hay que decir que tenia siempre el oido y la vista atentísima á cuanto aconteciese. En las inmediaciones solo oia algunas voces, pero á lo lejos resonaba con igual fuerza el estrépito de un combate encarnizado. Moncey parecia no ser aun dueño de la ciudad, y si no se apoderaba de ella, ¿qué seria de Vermont? Si el mariscal cejaba, tendria que retirarse muy lejos, porque las tapias, los árboles y los cañaverales de la Huerta ofrecian á los españoles una infinidad de abrigos desde donde podian inquietar á los franceses. Moncey debia pues retirarse hasta encontrar campo raso. ¿Cómo César pudiera llegar á reunirse con él? Esta idea le preocupaba. Estaba concluido su frugal refrigerio; quitóse el chacó, y con su pañuelo enjugó las gotas de sudor que habia hecho brotar sobre su frente el pensamiento de su vergonzosa cautividad.

(*Se continuará.*)

A ORILLAS DEL MAR.

En esta playa, de la azul bahía
Admiro la extension;
Y á tu dulce recuerdo, amada mia,
Me late el corazon.

Oh! ven á esta pacífica ribera
Que convida á gozar,
Y mecerá tu luenga cabellera
La brisa de la mar.

Oh! no olvides que hará tu compañía
Feliz al trovador,
Que de las aguas de la azul bahía
Te adormirá el rumor:

Que al contemplar del líquido elemento
La grave magestad,
Al cielo se levanta el pensamiento
Con ámplia libertad...

Ven á esplotar magníficos tesoros,
¡Mi bien! ven á escuchar
El canto de los pájaros canoros,
El himno de la mar.

(Isla de Cuba.)

El hijo del Damují.

CRISTOBAL COLON.

SONETO.

Un hombre un dia, meditando á solas,
—«Existe, dijo, un mundo en Occidente,
Y yo el nauta seré, seré el valiente
Que ese tesoro arrancaré á las olas.»

Busca apoyo; y al ver las banderolas
Que Granada gentil ciñe á su frente,
Llega, y encuentra auxilio felizmente
En la flor de las Reinas españolas.

Era esa Reina la Isabel Primera,
COLON el genio que buscaba amparo;
—«Toma mis joyas,» — dicele la ibera:
Y con heróico pecho y valor raro

Lanzóse el genovés al mar profundo,
Y á Isabel, por sus joyas, dióle un mundo.

(Isla de Cuba.)

Adelaida S. de la Peña.

EL CORREDOR DE PLAYA.

(Continuacion.)

Y se separaron: el pescador continuó reflexivo su camino y hablándose á sí propio. En el fondo de su alma existia una secreta aversion por los contrabandistas, que á favor de las tinieblas de la noche se apoderan de la hacienda ajena; pero el pensamiento de que iba á ver un hombre moribundo oprimia su corazon.

Cuando estuvo delante de la cabaña del padre Stock, se detuvo un momento observando por la ventana, quedando sorprendido al encontrarlo todo con el órden y la calma habituales. El ciego hacia como siempre redes; Bella, sentada junto al hogar, mondaba patatas; la tia Clara cosia una blusa encarnada de José.

—¿Qué es esto? se dijo José para sí. ¿El cuervo de la playa se ha burlado de mí? y entró en la cabaña.

—¡Silencio, José, silencio! repuso Bella con acento ahogado: hay un enfermo en casa, no turbeis su reposo; dejad ahí vuestros avios de pescar, y os diremos todo lo que pasa.

—Es inútil; Ko me lo ha contado todo. Es decir, que el herido no ha muerto aun?

—¡No hables tan alto imprudente! ¿Crees que estás en alta mar? refunfuñó la tia Clara; mira, debes estar cansado, vé á casa, y acuéstate.

—¡Muerto! curará, estoy segura, replicó la jóven con alegria. Hasta ayer tarde estuvo muy malo; su delirio denotaba la gravedad de su fiebre; pero ya se vá tranquilizando: ha dormido cerca de seis horas, y al presente su respiracion es casi natural, y la fiebre ha disminuido mucho.

—¿Sabeis quién es, Bella?

—No; sé únicamente que es jóven y está bien vestido.

José entonces se acercó, y con acento misterioso repuso:

—Es Bosacg, el jefe de los contrabandistas!

Bella palideció, la aguja cayó de manos del ciego, y la tia Clara pudo apenas comprimir un grito de estupor.

—¡Bosacg!

—¡El jefe de los contrabandistas!

—¡Ese hombre que ha muerto ya cuatro ó cinco personas, porque querian cerrarle el paso, como ordenaba su deber!

Y bajo la impresion de esta nueva inesperada, todos olvidaron que el rumor de sus exclamaciones podia despertar al enfermo.

—¡José, José! ¿quién os ha dicho eso? preguntó la jóven con acento trémulo.

—Ko Sael.

—¿Y le habeis creido?

—Pero, querida Bella, tenga ó no razon, el que nada sabe está obligado á creer lo que le dicen; á Ko se lo han dicho tambien. Dicen que hace dos noches hubo en las dunas, entre gendarmes franceses y contrabandistas, un encuentro.

El ciego parecia sumido en serias reflexiones: las mujeres, se miraban con ansiedad.

—¿Cómo le haremos salir de aquí? murmuraba la tia Clara con angustia. Si alguno de nosotros fuese á Furnes á prevenir á la autoridad.

—No hableis de eso, tia. Se llevarian á ese desgraciado sin precaucion, y moriria en el camino.

—¡Un asesino, Bella!

—Puede arrepentirse, y si muere ahora, su alma se perderia sin remedio. ¡Ah! ya viene M. Darings, él nos aconsejará.

El médico dejó sobre la mesa su sombrero y su baston, y con sonrisa de bienestar exclamó:

—Qué bien se encuentra uno aquí. Mejor que en el camarin de una condesa. ¡Qué agradable aroma!

—Son esos ramilletes de flores silvestres que hay sobre ese armario, dijo la tia Clara.

—¿Y á eso llamais flores silvestres? son flores de la estacion. Haceis bien, hija mia, prosiguió dirijiendose á Bella, de embellecer con las galas de la naturaleza la morada del pobre. ¿Y nuestro herido, ¿cómo está? Os encuentro triste, ¿sigue peor?

—No, señor, duerme hace mas de seis horas.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Hola! mucho dormir es; le despertamos á ver si ese sueño es natural.

Y todos, siguiendo al doctor, penetraron en la cámara del enfermo. M. Darings escuchó la respiracion, tomó su pulso, tocó su frente y repuso:

—Su sueño parece natural, y la fiebre casi ha desaparecido; ahora respondo de su curacion.

De repente el enfermo despertó abriendo desmesuradamente sus rasgados ojos. Miró al médico con aire extraviado y murmuró:

—¿Dónde me encuentro? ¿quién sois?

Y recorriendo con su vista toda la estancia, sus ojos se fijaron en la jóven, y entonces lanzó un grito y dijo con singular sonrisa:

—¡Isabela, Isabela!

Y despues, como si el conocimiento le volviese en aquel momento permaneció un instante silencioso: despues el terror se pintó en su semblante, y exclamó cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Oh, desgraciada! ¡Padre mio! ¡Padre mio!

Habia tanto dolor en su acento, que Bella, trémula de emocion, *pudo apenas contener su llanto*. Entonces el doctor, volviéndose á los que le acompañaban, exclamó:

—Amigos mios, dejadme solo con él. Advierto una mejoria sensible; pero necesito reconocer de nuevo sus heridas: para eso me ayudará como ayer esta excelente anciana.

Todos dejaron la estancia excepto la tia Clara y el doctor, y José repuso, despues de un instante de reflexion:

—Si ese hombre es Bosacg, es preciso hacerle la justicia de confesar que no tiene cara de asesino.

—Pues ¿quién lo duda? Ko el vagabundo os ha engañado, repuso el padre Stock. El herido se lamenta y habla como si tuviera á su padre en un gran peligro; ya veis que eso no tiene nada de comun con el encuentro de contrabandistas y gendarmes.

—¿Quién sabe si el padre de Bosacg estuvo presente en la refriega?

—Además nombra frecuentemente á su hermana que se llama Isabel, prosiguió la jóven; y si viérais, cuando murmura ese nombre, hay en su acento tanta ternura, que conmoveria á un corazon de piedra.

—En efecto, todo eso no parece convenir á un contrabandista, murmuró José: pero escuchad, el doctor habla con él, y quizá nos dará alguna luz. A qué nos hemos de romper inútilmente la cabeza. Su acento parece pertenecer á la Flandes occidental.

—Habla tambien francés, José: cuando le encontramos le creiamos francés.

—Y lo es, hija mia, murmuró el anciano. Sin duda ninguna es natural de la Flandes francesa.

—Callad, murmuró Bella procurando dominar su emocion, él es quien habla. Sin duda dice quién es: el doctor nos lo dirá.

Y escucharon con ansiedad, pero en vano: en el vago rumor que hasta ellos llegaba podian apenas percibir una frase completa. De vez en cuando el doctor tomaba la palabra, y por ella creyeron comprender que el jóven herido se quejaba de su suerte.

Cuando todavia nuestros tres personajes escuchaban con ansiedad, la puerta de comunicacion se abrió, y el doctor bajó lentamente la escalera.

Tomó su sombrero y su baston como si tuviera prisa para salir, y exclamó:

—¡Desgraciado! ¡qué historia tan triste! ¿Cómo permite Dios semejante crueldad? curará; pero hoy mas que nunca tiene necesidad de reposo. No puedo detenerme á referiros lo que me ha revelado; la anciana que está ahí dentro os lo dirá todo. Tiene buena razon y un corazon excelente; seguid mi consejo, y hasta mañana. No temais: á menos que no ocurra un accidente imprevisto, el enfermo se encuentra fuera de peligro.

El doctor acababa de salir cuando la tia Clara bajó la escalerilla enjugando aun las lágrimas que corrian de sus ojos.

Bella y José corrieron á su encuentro dirijiéndole mil preguntas: la anciana guardó silencio un instante, y despues, como si hubiera reunido su valor para contar lo que habia oido, volvió á la escalera, cerró la puerta, y sentándose entre ellos, exclamó:

—Sentaos y no hagais ruido: si sus desgracias os hacen llorar, que él no os oiga al menos.

—¿Quién es, tia? *preguntó Bella con voz apenas inteligible.*

—¿Es Bosage? repuso José.

—¡Qué Bosacg! ¿estás loco? refunfuñó la tia, y bajando aun mas la voz y acercándose á su auditorio, exclamó: Ese jóven caballero es un conde francés.

—¡Un conde! exclamaron los tres sin cuidarse en su sorpresa de bajar la voz.

—Sí, un conde que nunca ha hecho mal á nadie: por el contrario, es una inocente víctima de los acontecimientos que ajitan hoy á la Francia.

—¡Ah! respiro, dijo la jóven con radiante expresion.

—¡Callad, Bella! os puede oir.

—¿Y es un hombre rico?

—Rico, como que habita un magnífico castillo entre Bergues y Dunkerque.

—Entonces es preciso ir á avisar á sus padres para que vengan á recojerle y...

—¿Quieres callar, José? Hablas siempre como un aturdido.

—Pero, hermana, contadnos lo que sabeis; de otro modo no nos entenderemos nunca.

—Tiene razon mi padre, repuso Bella con acento suplicante.

—Corriente; pero que José se calle, y acercaos, porque debo hablar muy bajo. Como ya os he dicho, ese jóven habita entre Bergues y Dunkerque, y se llama Edmundo de Milval.

—¡Edmundo de Milval! ¡qué bonito nombre! murmuró la jóven.

—Su padre era realista, y fué acusado de conspirador y preso. Como se buscaban otros conspiradores, se le encerró provisionalmente en la casa de ayuntamiento de la ciudad vecina: al dia siguiente él y otros debian ser juzgados por un tribunal; loco de dolor y extraviado por las angustias de su madre y de su hermana, el jóven M. de Milval resolvió hacer una tentativa para salvar á su padre y huir con él á Flandes. Secundado por algunos aldeanos, logró hacerle salir de la prision y corrieron en medio de la noche hácia la frontera; pero fueron perseguidos, y en el instante mismo en que iban á penetrar en las dunas flamencas y á creerse en libertad los detuvieron y rodearon: entonces se entabló una verdadera lucha, y el jóven Milval cayó herido en la arena viendo desaparecer á su padre entre sus perseguidores. Recuerda despues confusamente que trató reponerse, y solo, extraviado, caminó por entre las dunas una gran parte de la noche, hasta que desfallecido por la pérdida de sangre, sin vida, cayó de seguro en el sitio en que le habeis hallado. ¡Pobre hombre! Encontrarse herido en una casa extraña, y sin saber lo que habrá sido de sus padres y de su hermana; ¡qué horrible incertidumbre!

A estas palabras siguió un profundo silencio en el auditorio; pero todos estaban igualmente conmovidos.

José, con una sobreexcitacion sin igual, se retorció convulsivamente los brazos y dió un puñetazo sobre la mesa.

—¡Eh, majadero! ¿qué te dá? repuso severamente la tia Clara.

—¿Qué me dá? repuso José con ronco acento: gana de hacer trizas á sus perseguidores.

—¡Vaya, vaya! modera tus ímpetus, José; nunca hablas en razon.

—Decid lo que se os antoje, pero mañana voy á Bergues á buscar noticias de su familia para ese pobre hombre.

La jóven tomó su mano con gratitud, aunque diciéndole *con acento suplicante*:

—Pero no hableis tan alto. ¿No veis que os vá á oir?

—Está loco! No le hagas caso: no irá, ni hace falta, interrumpió la anciana. El médico se ha encargado de traer noticias ciertas, prohibiéndonos estrictamente averiguar nada por nuestra parte. Hoy mas que nunca interesa ocultar que tenemos en casa ese infeliz.

—Oremos pues, hijos mios, repuso el anciano descubriendo su venerable cabeza; es lo único que podemos hacer por él.

Los tres inclinaron la suya, y sus acentos se confundieron en una piadosa oracion.

V.

Habia amanecido una hermosa mañana como de primavera; la brisa era suave y embalsamada, y el sol, reflejando en el mar, proyectaba en el horizonte fajas de púrpura y oro.

El anciano y su hija estaban sentados en un banco á la puerta de su morada, y sus manos estaban enlazadas. La luz rojiza del horizonte *doraba los cabellos* blancos del anciano, y daba un tinte mas rosado al lindo rostro de Bella.

—Si, padre mio, decia la jóven con acento firme. Parece que esperamos una recompensa. Lo que lleva en el pecho en ese relicario de plata es el retrato de su madre, rodeado de unas piedras que brillan mucho. Ha preguntado á José si querria ir á Furnes á vender algunas de esas piedras para recompensar nuestros servicios: si no insiste en ello, es porque yo le he dicho que en Furnes no hay quien compre esas cosas; pero no abandona la idea de recompensarnos.

—¿Y eso te aflige, hija mia?

—Es rico, padre; querrá darnos dinero.

—Lo rehusaremos, Bella.

—Es extraño: era yo tan dichosa porque Dios me habia permitido salvar á un hombre la vida; pero no sé, desde que habla de una recompensa por mi servicio, me he puesto triste. ¡Qué satisfaccion queda de la caridad que se ejerce, cuando se sabe que nos la han de pagar!

—Sin embargo, no podemos ofendernos por su intencion: *él, que es rico, es natural que quiera manifestarnos* su reconocimiento con alguna dádiva: pero no tengas cuidado; cuando llegue el momento, yo le hablaré, y él, que parece razonable y bueno...

—Si, si, padre mio, es tan despejado y su lenguaje es tan bueno, que parece que todo lo que dice lo lee en un libro. Y tan amable, tan cariñoso...aunque á la verdad, padre, él nos lo oculta, pero la inquietud y la desesperacion amargan su vida.

—Es natural, aun ignora la suerte de su padre.

—No: si ya está convencido de que su padre no existe. La otra noche, cuando yo dejaba mi puesto á la tia Clara, me suplicó que no olvidase el alma de su padre en mis oraciones. Lo que ahora debe inquietarle mas, es la suerte de su madre y de su hermana, á las que cree tambien perseguidas. El médico le ha prometido noticias ciertas; pero siempre viene sin saber nada: ya hace seis dias que M. de Milval está en casa, y aun no ha recibido noticia alguna; considerad cuanto debe sufrir.

—El médico quiere ir por si mismo á Bergues y *hablar á la madre de M. de Milval: es un viaje peligroso* que no se puede emprender sin mil precauciones.

—No es eso, padre; yo creo mas bien que M. Darings no quiere decir lo que sabe hasta que el enfermo tenga mas resistencia para oirlo.

—Todo es posible.

—Y entonces, ¿porqué no se le va diciendo poco á poco? Ese era el medio de evitarle una fuerte impresion. M. Darings dice que mañana podrá ya dejar el lecho.

Un pescador llevando una cesta á la espalda, apareció por el sendero que serpenteaba entre las dunas, y envió de lejos un risueño saludo al padre Stock, imponiéndole Bella silencio con la mano.

—¿Y cómo sigue ese jóven caballero? dijo el pescador acercándose.

—Muy mejorado, José, repuso la jóven; pero no hableis tan alto: está descansando.

José dejó la cesta en el suelo, tomó un pescado que llevaba entre la red, le arrojó sobre la arena y dijo:

—Para que veais que aun en alta mar no me olvido de nuestro huésped. Hé aqui un salmonete que será de su gusto. Es un pescado fino.

—¡Ya de vuelta! creia que hubiérais pasado la noche en el mar, repuso el ciego.

—Los navíos ingleses han levado ancla y desaparecido, exclamó José, y acaso nos obliguen á estar largo tiempo en tierra; no me importaria si supiera qué hacer de estas manos; pero no me sirven para nada como no sea en el mar. En tierra firme no sé qué hacer de ellas, ni de los pensamientos que trastornan mi cabeza.

—Los navíos ingleses no abandonarán el crucero de Nieuport, José; verás cómo mañana están de nuevo á la vista.

—Dios lo haga; ahora, padre Stock, y vos, Bella, hasta mañana. ¿Quién viene por allí? es el doctor; mañana hablaremos.

José cargó con la cesta y desapareció entre las dunas.

—¿Estais tomando el fresco, amigos mios? dijo M. Darings acercándose á la cabaña. Es una tarde deliciosa de primavera. ¿Cómo está nuestro enfermo?

—Duerme hace dos horas.

—¡Duerme! ¡dichoso él! ojalá le dejara Dios siempre dormido. Su suerte es muy triste.

—¿Teneis ya alguna noticia? preguntó Bella con interés.

—¡Noticias fatales, hija mia!

—¿Y veniais á anunciárselas? Está aun tan enfermo.

—Fuerza es, sin embargo, irle preparando poco á poco. He sido llamado para una visita en la granja del Norte, y como pasaba por aquí cerca, he querido aprovechar la ocasion para empezar á prepararle á lo que tiene que saber. Es necesario que conozca la extension de su desgracia; pero si aun le creeis demasiado débil, diferiremos esta triste revelacion.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

15 DE JUNIO DE 1864.

Dos preguntas en son de queja. — Iras femeniles. — Una rectificacion.— Un triste desenlace. — Una opinion mia. — Una fuga... amorosa. — Comentarios.—El final del BARBERO.—Un tutor, con pretensiones de serlo siempre.—Carolina Civili.—Un tesoro que codiciamos. — La Beatriz del Dante.—Los Campos Elíseos.—Preparativos. —Viajes aristocráticos. —Una extranjera.—La belleza y la política.—Un Júpiter Olímpico, que ofrece caramelos.—Un escritor francés y unos ojos andaluces.—Libros nuevos.—Esperanzas.—Una promesa.

¿Querrán creer las lectoras de *La Moda* que su humilde cronista, ha sido durante algunos dias objeto de las iras de algunas damas de la corte?

¿Querrán creer, que los periódicos le han acusado de una manera dura aunque embozada por haber historiado con mas ó menos exactitud en los detalles, un suceso que lo sabia todo el Madrid elegante, antes de que lo refiriese á sus lectoras de provincia y de América?

Pues no hay nada mas cierto.

En mi anterior revista contaba yo que una marquesa viuda, jóven y bella se habia enamorado de un cabo de la guardia civil, y se habia valido de los medios que Dios manda para convertirle en su esposo.

Esto como fácilmente se comprende, si tiene algo de extraordinario no tiene nada de sobrenatural; y sin embargo algunas viudas jóvenes y bellas han pensado que una anécdota era una invencion á su costa, ha exhalado quejas, estas quejas han encontrado paladines; y se ha gritado contra el historiador.

No merecia la pena de molestarse tanto por tan sencilla cosa, ni creo que el cronista se haya hecho acreedor á las iras habladas é impresas de las damas y de sus paladines.

Si en algo he pecado ha sido en acoger la noticia que me comunicaron del desenlace de este novelesco episodio.

Su primera parte es cierta: existe la dama y existe el galan: el sentimiento amoroso se despertó en el alma de aquella y se comunicó como era natural á la de este; el servicio de la guardia civil perdió uno de sus miembros mas apreciables, pero este individuo no ha perdido su libertad; y en esto solo es en lo que padeci un error que me apresuro á rectificar.

La Marquesa y su protejido, vinieron á decirme en el momento en que escribia mi revista, se han desposado y parten esta noche á París pensando retirarse al pintoresco pueblecito de Enghien, para disfrutar en tan apacible soledad de una luna de miel venturosa.

Esta noticia debia ser una consecuencia del noble sentimiento de la marquesa y de la gratitud del favorecido *doncel*.

Pero sin querer me engañaron, y yo á mi vez referí á mis lectores un desenlace de comedia, cuando ha sido de drama.

© Biblioteca Nacional de España

La familia de la apreciable viuda interpuso su influencia, la razon dominó la pasion, y la boda no se llevó á cabo con gran pesar del novio, que se habia permitido soñar con la felicidad, que la belleza y la bondad de carácter de su futura le prometian.

Así pues en vez de quitarle la libertad del corazon le dió la libertad personal, librándole del penoso servicio de las armas.

Pero entrando en otro órden de ideas: ¿es poner en ridículo á la interesada, hacer público un sentimiento que yo creo honrosísimo? ¿No es un rasgo de generosidad y de virtud, fijar los ojos en un hombre perteneciente á una clase inferior, y ofrecerle con un amor que aspira á santificarse, el premio no solo de sus privilegiadas dotes físicas, sino de sus brillantes cualidades morales? ¿Puede perjudicar este á la honra, al amor propio? Yo creo que no, y por mi parte, aseguro á la dama que no he querido nombrar y que no nombraré, que vale mucho mas á mis ojos aspirando á una felicidad, fundada en un verdadero sentimiento del alma, descendiendo con este noble estímulo de su esfera, que otras muchas que se elevan sin amor y movidas por deseos que aunque no censurables son menos elevados. Algunos reyes han buscado en el pueblo dulcísimas compañeras: ¿no podia una marquesa encontrar un esposo en un guardia civil?

Pero no hablemos mas de esto, aunque al hablar no he faltado á mi deber de cronista. El suceso ha sido objeto de las conversaciones en muchos círculos madrileños y mis revistas son un eco de lo que pasa en Madrid y se puede imprimir sin perjuicio de nadie.

En los primeros dias de Junio anunciaron algunos diarios que una jóven se habia escapado de su casa en compañia del venturoso objeto de su amor.

Esta noticia despertó como siempre sucede una vivísima curiosidad, se hicieron congeturas en el *Coro de ángeles* n.º 2—ya hablaré de estos coros— y se trató de averiguar á toda costa quién era la heroina de la novela.

Las proporciones de este suceso son menos fantásticas de lo que se ha supuesto: son una copia exacta del último acto del *Barbero de Sevilla* y de *La Escuela de los maridos*.

La jóven muy bella por cierto y de mucho talento gemia en poder de un tutor que habiéndose propuesto administrar toda su vida los bienes de su pupila, empleaba para con ella el mismo proceder que el *Celoso estremeño* con su cara mitad, y queria condenarla á un eterno celibato.

La jóven podia reclamar, pero el amor hace olvidar las leyes, y estando persuadida como es verdad de que su adorador era muy digno de su mano, burlaron ámbos la vigilancia del *Don Bartolo*, saliendo ella de su hogar en compañia de una Señora respetable, parienta de su futuro, y quedando depositada en su casa hasta el instante de recibir la bendicion nupcial.

En los momentos en que escribo hace sus cuentas el tutor, pero exclamando entre suma y suma que no le ha salido la suya.

A esto ha quedado reducido la enigmática noticia publicada por los periódicos.

Tambien referiria pormenores de un conato de suicidio del que se ha hablado mucho ¿pero para qué renovar heridas dolorosas? ¿para qué entristecer á mis lectoras?

Prefiero hablar de la eminente actriz que tiene el privilegio de llevar al teatro del Príncipe nua numerosa y escogida concurrencia, al mismo tiempo que los paseos y los circos convidan con su frescura y con sus atractivos á los acalorados habitantes de Madrid.

Carolina Civili! He aquí un nombre que dice mucho mas que un poema para los que hemos sentido la fascinacion de su mirada el encanto de su voz, la seduccion de sus privilegiadas facultades artísticas.

Es la naturaleza y el arte prestándose sus bellezas para ofrecer un modelo, es el genio que toma todas las formas, que posee toda la magia para subyugar.

En vano intentaria bosquejar su retrato: posee el don de aparecerse á los ojos de los espectadores con todas las bellezas, ó mejor dicho, posee todos los atractivos y los emplea para combinar lo mas bello lo mas fascinador, lo mas sublime.

Es jóven, muy jóven y su alma conoce todos los sentimientos y los expresa y los embellece.

Margarita Gauthier, *Adriana*, *Sor Teresa*, todas las figuras, todos los caractéres que ha encarnado, son la realizacion de lo que puede soñar el poeta; no es extraño que todos los que sienten en su alma amor al arte hayan rogado á la eminente artista que no nos abandone, que dé un rayo de luz al arte escénico español, que exprese en nuestro idioma los afectos de su alma.

Es un tesoro del que todos somos avaros, es una esperanza que no queremos perder.

—¿Y la artista, preguntarán mis bellísimas lectoras, accede á los deseos del público?

Todavía es un secreto.

Solo puedo decir que España lo ha comprendido, que los aplausos que la ha tributado han resonado en su alma, que debe haber oido muchas veces el proverbio fatal: *nemo e profeta in patria sua*, y que tal vez al verse en medio de una juventud, que necesita su voz para dejarse oir; su talento para dar una forma á sus inspiradas creaciones; que á su vista siente renacer en su corazon la fe y el entusiasmo, y hasta la poesía que tenia abandonada; tal vez, repito, pague con generosidad la admiracion que le tributan.

Entre tanto se prepara una escena fantástica: los apasionados admiradores de la actriz le han rogado que, dejando el teatro casi sin luz, y vestida ella como la *Beatriz* del Dante, se aparezca en medio de un paisage italiano, en una noche apacible iluminada por la débil claridad de la luna, y lea un canto de la *Divina Comedia*.

Si nos complace soñaremos despiertos, y yo referiré este suceso delicioso á mis lectoras.

Hablemos ahora del nuevo espectáculo que se nos prepara.

La próxima inauguracion de los Campos Elíseos, trae revuelto á los madrileños desde hace mucho tiempo.

Haré una lijera descripcion de este precioso panorama, para aquellas de mis lectoras que no lo puedan ver sino con los ojos de su imaginacion.

Nadie puede figurarse el sentimiento de admiracion y de alegria que se apodera del alma cuando despues de haber contemplado las dormidas aguas del delicioso estanque que se ofrece á la vista, cercado de hermosos y dilatados jardines cubiertos de árboles y de flores, se descubre por primera vez: á un lado, el magnífico teatro que lleva el nombre de uno de los mas ilustres compositores: al otro el pintoresco pasage destinado á colmar la ansiedad de los aficionados al baile; y allá á lo lejos la deliciosa *Montaña Rusa*, que tiene la forma de un gigantesco anfiteatro, y el firmamento azul que alumbra con su radiante luz este maravilloso, este poético conjunto.

Ah! cuán risueños aparecen los horizontes de la vida cuando llena completamente nuestro corazon ese divino sentimiento poético!

Todo se reviste entonces á nuestros ojos con las galas de un paraiso; el azul del cielo parece mas trasparente, el aire mas perfumado y mas intensa la luz del sol.

Gracias á él, la alegria y la esperanza, este perfume del corazon, esta maga bienhechora que va delante de nosotros derramando flores, vuelve á sonreirnos y á cobijar nuestra frente con sus alas de color de rosa, empapadas de celestial rocío.

Este sentimiento influye hasta en nuestras afecciones mas queridas, hasta en nuestros proyectos mas íntimos, y con igual bondad se sienta á nuestro lado en el hogar doméstico en medio de la familia como nos acompaña al templo donde adoramos á Dios.

Los Campos Elíseos constituyen un risueño eden, una espaciosa quinta de recreo, y al verse uno rodeado de frescos árboles, de dilatadas praderas y de cristalinas fuentes, cree hallarse en otros paises donde la libertad y el amor le tienden los brazos sonriendo, en otros paises, completamente aislado del mundo y teniendo por cárcel la inmensidad del espacio.

Desde lo alto de la *Montaña Rusa*, se descubre la plaza de toros, bello edificio que mas de una vez se verá invadido por los aficionados á la tauromaquia.

En un pintoresco jardin, rodeado de espaciosos gabinetes con cincuenta pilas de mármol blanco, está situada la *Casa de baños* y donde existe un gran salon provisto de variedad de periódicos nacionales y extranjeros.

Un caprichoso vapor de ruedas que lleva el nombre de *Príncipe Alfonso* y cinco graciosas falúas cruzan incesantemente las tranquilas aguas del estanque.

En el lindo coliseo de *Rossini* ocupa el centro del espacio donde están las butacas una bonita fuente de mármol que sirviendo de adorno, contribuirá á refrescar la atmósfera en las calurosas noches de verano.

La inauguracion se ha aplazado para el dia 18: los cantantes se encuentran ya bajo el hermoso cielo de España, entre ellos figura nuestra compatriota Carmelina Poch á quien los madrileños, segun me han dicho, se proponen probar que puede ser *profeta en su país*, y todo hace augurar que pasaremos noches deliciosas en los Elíseos Campos.

Las damas elegantes que no pueden renunciar á sus buenas costumbres de pasar la estacion calurosa en las orillas del Océano, en las pintorescas faldas del Pirineo, en París ó en los aristocráticos baños de Eaux Bonnes ó Vichy, de Baden ó de Spá; las bellísimas figuras que engalanan el fantástico cuadro de nuestras noches de invierno, han detenido sus viajes para asistir á la inauguracion del jardin. Pero despues nos abandonarán, y aunque esto suceda yo no las abandonaré... sabré todo cuanto les pase por... mis corresponsales.

Estos dias hemos tenido en Madrid dos ilustres viajeros: la condesa Dion y Prevost-Paradol.

La primera encomendada á nuestra aristocracia por la Emperatriz Eugenia, ha dejado recuerdos indelebles de su belleza, de su elegancia y de su distincion.

Es una rubia de esas que nacen en los bordes del Rhin ó en las orillas del Támesis, uno de esos tipos que han eternizado Goethe en su *Margarita*, Shakespeare en su *Ofelia*.

Ha visitado todas las curiosidades de la corte y por curiosidad tambien ha asistido al senado y al congreso.

Lo que no puede toda la elocuencia de los dignos representantes de las provincias, lo que jamás alcanzan los gobiernos, lo consigue la encantadora extranjera: puso de acuerdo á todos los presentes, y si se hubiera tratado de votar un homenage á su belleza hubiera sido votada por unanimidad.

¡Forme V. luego mayorías!

Debo añadir, que el presidente, á quien por su talento y su carácter, consideran sus presididos como un Júpiter Olímpico, hizo los honores á su huésped obsequiándola con caramelos.

¡Qué tiene esto de extraño! La belleza lo puede todo; y si no, ahí está Hércules... ó por lo menos sus columnas.

El otro personaje, Prevost-Paradol es un escritor francés muy distinguido, y ha dejado una grata impresion en todas las personas que han podido admirar su claro ingenio y su finísimo trato.

Me han dicho, que unos ojos andaluces han herido su corazon; y me han asegurado que volverá; pero yo no me atrevo á afirmar nada.

En cuestiones de amor... no me olvidaré nunca de mi guardia civil.

Los que no quieren aburrirse en sus expediciones veraniegas se proveen de libros, y entre estos, los mas nuevos, los mejores y mas entretenidos puedo citar *Los doce reales de prosa* de Manuel del Palacio, la *Mujer en el siglo XIX*; un libro del que en otra ocasion hablaré mas despacio á mis lectoras; la tercera edicion de la *Mujer* de Catalina, y el primer tomo de las obras del actual Ministro de Estado, que por ser sus poesias, puede decirse que es un reflejo de su juventud.

Los pintores preparan bellísimos lienzos para la exposicion, el Conservatorio de música va á ofrecernos dentro de breves dias sus frutos de este año, las compañías dramáticas para la próxima temporada se forman: lo único que se halla en suspenso es la novela aristocrática de que hablé en mi anterior revista. Pero yo creo que en la próxima podré contar la novela de esta novela.

Queda empeñada mi palabra.

JULIO NOMBELA.

REMITIDO.

Por el correo interior se nos ha dirijido una elegante y perfumada carta que, aunque anónima, nos parece conveniente publicar, tanto porque hallamos muy razonables y justas las peticiones que sus autoras dirigen á nuestra primera autoridad local, cuanto porque siendo nuestro periódico eco exclusivo del sexo hermoso, nos hallamos en el deber de acceder á su peticion. En su consecuencia, insertamos á continuacion la copia literal de la referida carta, deseando vivamente surta el efecto que sus autoras se proponen.

LA REDACCION

SR. DIRECTOR DE LA MODA ELEGANTE.

Apreciable Señor: Suplicamos á V. mande insertar en su precioso periódico las adjuntas líneas, á las cuales nos creemos con algun derecho, por ser antiguas suscritoras, y por la oferta que hace V. en sus prospectos de hallarse siempre dispuesto á complacer á sus abonadas.

Damos á V. anticipadas gracias, pues no dudamos que hará este obsequio á sus suscritoras que B. S. M.

C....y otras.

Peticiones de varias Señoritas al Sr. Alcalde Correjidor.

1.º Que nos suprima la cansada música de la Sopa en la plaza de Mina, por decoro público, y en consideracion á lo que afecta el sistema nervioso de las que asistimos á este paseo.

2.º Que impida por medio de sus ajentes que la caterva de niños mal educados, que invaden dicho paseo las noches de mas concurrencia, nos molesten del modo que lo hacen, jugueteando, alborotando y aplastando nuestros ahuecadores.

3.º Que haga adoquinar el muelle desde la Puerta del Mar á la estacion del Ferro-carril, para evitarnos que al ir en carruaje se quebranten nuestros delicados huesos.

4.º Que suspenda la terrorífica disposicion de matar los perros que *tienen dueño*, pues si esto se hace por temor á que alguno rabie, seria preciso en ese caso hacer lo mismo con los gatos, y hasta con los caballos para evitar el que se desboquen.

De la amabilidad de nuestro Señor Correjidor esperan tome en consideracion estas súplicas sus amigas *C.... —R....—A....—A....—L....—L....—C.... y T....*

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN VIOLETA CLARO.—En lo bajo de la enagua lleva tres volantes, de los cuales dos son violeta subido, y el del medio violeta claro, como el trage, todos tres dispuestos á ondas sobre el falso del trage. En el hueco de cada onda, tanto por arriba como por abajo, se vé una gruesa escarapela color violeta oscuro, paletot corto igual al trage, y guarnecido como él. Las mangas, estrechas, se guarnecen en cada extremo con los tres volantes dichos. Sombrero con el ala de tul blanco enteramente á bullones; en lugar de bavolet lleva un encaje blanco flotante, y sobre él un ancho lazo de cinta violeta claro; interior violeta con yerbas verdes.

TRAGE DE GRANADINA BLANCA CON LUNARES.—En lo bajo de la enagua va un volante plegado, ribeteado con una tira sesgada punzó cubierta de guipur negro; el volante se dispone en ondas, sobre las que corren dos tiras punzó de tafetan, que se cruzan para formar losanges, y que tambien se cubren con guipur. Otro estrecho va puesto al borde de la tira superior. Cinturon largo, anudado á un lado, cubierto y guarnecido de guipur. Corpiño con escote cuadrado, tiras punzó y guipur como en lo demás. Mangas cortas. Camisolin montante de tul y entredoses, con sus mangas largas.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CÁDIZ 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA: Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56 Rue Jacob, Paris

© Biblioteca Nacional de España